

FIBULAS DE DOBLE RESORTE DE PUENTE EN CRUZ

por

ALBERTO CAMPANO LORENZO
CARLOS SANZ MINGUEZ

Desde fechas tradicionalmente situadas en torno al año 500 a. C. y hasta la conquista romana, la cuenca del Duero fue escenario del desarrollo cultural conocido como II Edad del Hierro. A lo largo de este período, los pueblos que ocupaban el solar de la Meseta Superior accedieron a un elevado grado de desarrollo que la arqueología ha constatado a través del rico bagaje hallado en sus poblados y necrópolis.

Quizás uno de los aspectos más característicos de la cultura material de este momento sea, junto con la difusión del torno de alfarero, la generalización del utillaje metálico de hierro, aplicado fundamentalmente a la fabricación de armas y herramientas de trabajo, lo que a su vez motivó que el bronce fuera preferentemente destinado a la elaboración de objetos no utilitarios y de adorno personal.

Dentro de esta última categoría, han sido sin duda alguna las fibulas uno de los elementos que más poderosa y repetidamente han llamado la atención de los investigadores y gracias a ello disponemos, hoy en día, de secuencias bastante ajustadas para algunos grupos, como las fibulas anulares hispánicas o las de tipo La Tène, aunque son otros muchos los que permanecen a la espera de una atención que sin duda merecen.

Uno de estos últimos es el de las fibulas de doble resorte con puente en cruz —FDR. PC., de forma abreviada—. Desde el punto de vista estructural, estas piezas responden a un esquema cuyos orígenes peninsulares han de buscarse en el lejano mundo del Mediodía, en momentos próximos a mediados del S. VIII a. C.¹ El tipo alcanzó en el transcurso de los siglos VII y VI a. C. amplia difusión peninsular, a la vez que enriquecía su morfología adoptando diversas variantes en

¹ Véase por ejemplo: MOLINA, F., et alii (1983), p. 695.

el modelado del puente, la sección de los resortes o el remate de la mortaja. Precisamente el último paso de esta evolución vino señalado por la implantación de puentes en forma de cruz griega, generalmente asociado a peculiares característicos remates de mortaja y a un número fijo de espiras —cuatro— en cada resorte.

En este trabajo presentamos cerca de una treintena de piezas conocidas en la actualidad, procedentes en todos los casos de la Meseta Norte. A partir de ellas intentaremos discernir ciertas consideraciones de tipo morfológico y cronológico que, lejos de zanjar el tema, pretenden establecer una hipótesis de partida, un intento de sistematización matizable o corregible por ulteriores investigaciones.

Inventario de materiales²

PROVINCIA DE BURGOS

1. Miraveche. Completa; puente de núcleo poco desarrollado con claro predominio de los brazos verticales, marcadamente cóncavos; los brazos horizontales se resuelven en sendos resortes de cuatro espiras, de ellos el correspondiente a la aguja se halla ligeramente deformado, lo que determina que ésta se encuentre fuera de su posición. El pie aparece rematado por un cuerpo vertical en forma de diábolo. La decoración parece limitarse a una línea que contornea el puente sin penetrar apenas en el eje horizontal. Desconocemos su depósito. Bibl.: ALMAGRO BASCH, M., (1966), fig. 11, 9.

2. Miraveche. Fragmento de puente; conserva íntegros ambos brazos verticales, ligeramente descentrados y de perfil cóncavo, así como el inicio de los horizontales. Núcleo muy reducido. La decoración conservada se limita a tres estrechos frisos en el brazo superior: el primero, emplazado en el mismo borde, consiste en dos líneas horizontales, bajo éste se desarrolla una hilera horizontal de espigas enmarcada por otras dos líneas continuas y, finalmente, restos de otro motivo similar al anterior repetido hacia el centro del brazo. Depositada en el Museo Arqueológico de Burgos. Bibl.: SCHÜLE, W., (1969), taf. 139, 22.

² En el inventario relacionado a continuación se han dispuesto los datos con arreglo a estos criterios: en primer lugar la procedencia de la pieza, clasificándolas por provincias y yacimientos de origen; se aborda después la descripción de la misma indicando si es completa o fragmento y el estado en que se encuentra cada parte integrante de la fibula, a saber: 1) Puente o eje de la pieza, formada por el núcleo, es decir, sector donde se cruzan los brazos verticales o eje vertical con los brazos horizontales o eje horizontal. 2) Resortes. 3) Pie, compuesto por la mortaja y el remate vertical, cuya estructura se detalla. A continuación se describe la decoración, circunscrita casi siempre al puente y para concluir, se reseña el lugar de depósito y la bibliografía.

En este esquema descriptivo, aunque sucinto, han de quedar forzosamente muchos epígrafes sin cubrir debido a dos factores: la falta de contexto arqueológico preciso en la mayoría de las piezas, y la imposibilidad del acceso directo a algunas de ellas, lo que ha determinado que nuestro repertorio proceda fundamentalmente de recogida bibliográfica. Así mismo, los dibujos reproducen las ilustraciones publicadas por los diversos investigadores conforme a la escala señalada en cada caso. Los dibujos son obra de D. Santiago Carretero.

PROVINCIA DE GUADALAJARA

3. Necrópolis de El Tesoro, Carabias. Incompleta; conserva el puente y tres espiras del resorte del pie. Núcleo central ancho, brazos verticales rectos y largos. Procedente de las excavaciones del Marqués de Cerralbo. Depositado en el M.A.N., Bibl.: REQUEJO OSORIO, J., (1978), fig. 4a, CA-291.

4. Carabias. Incompleta; únicamente falta el pie y la cuarta espira de su resorte. Núcleo central ancho, brazos verticales no muy desarrollados, ligeramente cóncavos, y brazos horizontales apenas destacados que generan los característicos resortes. No se observa decoración. Bibl.: CABRE DE MORAN, M. E. y MORAN CABRE, J. A., (1977), fig. 16, 6.

5. Valdenovillos, Alcolea de las Peñas. Completa, aunque fragmentada en la mortaja. Núcleo ancho con brazos verticales no muy desarrollados y levemente cóncavos, los brazos horizontales apenas se destacan y sirven para dar paso a sendos resortes con cuatro espiras cada uno; el pie remata en un cuerpo vertical compuesto, en esencia, por un doble cono que soporta otro apoyado en él por su vértice y resaltado por una suave moldura. El esquema decorativo se pliega a las típicas líneas concéntricas que recorren la orla del puente y delinean una figura romboidal de lados cóncavos en el centro del núcleo que, de nuevo, permanece reservado. Procedente de las excavaciones del Marqués de Cerralbo. Depositada en el M.A.N. Bibl.: CABRE DE MORAN, M. E. y MPRAN CABRE, J. A., (1977), fig. 11, 5.

PROVINCIA DE PALENCIA

6. Monte Bernorio, Aguilar de Campóo. Fragmento de Puente que conserva el núcleo y uno de los brazos horizontales, doblado hacia atrás, al que se unen dos espiras del resorte de la aguja. Presenta decoración compuesta por cuatro figuras romboidales de lados curvos trazados mediante líneas continuas que contornean el núcleo, respetando un espacio central donde se inscriben varios pequeños círculos concéntricos de líneas continuas; asimismo conserva dos unidades de círculos concéntricos inscritos a ambos lados del punto de unión del núcleo y el brazo horizontal. Depositada en el Museo de Palencia, procedente de la colección del Marqués de Comillas. Bibl.: SCHÜLE, W., (1969), taf. 163, 31.

7. Monte Bernorio, Aguilar de Campóo. Fragmento; se conserva el puente, de núcleo pequeño, con brazos verticales largos y cóncavos. No conserva decoración. El autor la presenta como depositada en la colección del Marqués de Comillas; no ha sido posible encontrarla en los fondos del Museo de Palencia donde ingresó parte de la mencionada colección. Bibl.: SCHÜLE, W., (1969), taf. 163, 28.

8. Monte Bernorio, Aguilar de Campóo. Fragmento de puente; se conserva solamente uno de los brazos verticales y el inicio de otro horizontal. Carece de decoración. Depositado según Schüle en la colección Comillas: no se localizó en los fondos del Museo de Palencia. Bibl.: SCHÜLE, W., (1969), taf. 163, 30.

9. Necrópolis de La Alcántara, Palenzuela. Fragmento; conserva el puente íntegro y tres espiras del resorte de la mortaja. Núcleo central ancho y brazos verticales suavemente cóncavos. Decoración compuesta por dos conjuntos de líneas: el más externo contornea el puente sin penetrar apenas en los brazos horizontales y está formado por dos líneas continuas muy próximas y unidas entre sí por trazos perpendiculares; más al interior, dos rombos concéntricos de lados curvos enmarcan el centro del núcleo que parece exento. Procedente de las recogidas efectuadas por D. Lázaro de Castro. Depositado en el Museo de Palencia. Bibl.: CASTRO GARCIA, L. DE, (1972), fig. 61.

PROVINCIA DE SALAMANCA

10. El Berrueco, El Tejado. Fragmentada; conserva el puente completo y tres espiras del resorte del pie, la última deformada por estiramiento. Núcleo central ancho y brazos verticales de lados rectos. El esquema decorativo está formado por cuatro líneas concéntricas que repiten el perímetro del puente formando cuatro figuras romboidales de lados curvos, con los vértices cerrados en las dos más pequeñas y abiertos en el eje vertical de los dos exteriores. El profesor Maluquer la documentó depositada en la colección Julio Ibáñez. Bibl.: MALUQUER DE MOTES, J., (1958), lám. XXI.

PROVINCIA DE SANTANDER

11. Collado del Salce, Bárago. Incompleta, conserva el puente y tres espiras del resorte de la aguja; núcleo central ancho y brazos verticales de lados rectos. La decoración ocupa por completo el puente según el clásico esquema de líneas concéntricas —en este caso cinco— que lo contornean, dejando exento el centro del núcleo; el espacio entre las líneas continuas se rellena con decoración de granete. Se trata, según el autor, de un hallazgo fortuito sin otros materiales asociados. Respecto a su depósito sólo podemos anotar que aquel agradece la cesión para su estudio al director de la Casa-Biblioteca de Tudanca. Bibl.: GONZALEZ ECHEGARAY, J., (1983), p. 307.

PROVINCIA DE SORIA

12. Alpanseque. Fragmento; conserva el puente completo, con poco más de tres espiras en el resorte de la aguja y dos en el de la mortaja. El núcleo es ancho y los brazos verticales apenas se incurvan. Presenta decoración de cinco rombos concéntricos que contornean el puente, reservando el centro del núcleo. Procede de excavaciones del Marqués de Cerralbo. Bibl.: CABRE DE MORAN, M. E., y MORAN CABRE, J. A., (1977), fig. 10, 4.

13. La Mercadera. Fragmento correspondiente a parte del resorte del pie, la mortaja y el principio del remate vertical, todo ello, a juzgar por el dibujo, en pésimo estado de conservación. Depositado en el Museo Numantino de Soria. Bibl.: SCHÜLE, W., (1969), taf. 52, 18.

PROVINCIA DE VALLADOLID

Todas las piezas pertenecen a la colección Madrazo —hoy depositada en el Museo Arqueológico Provincial de Valladolid—, habiendo sido recogidas superficialmente en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, en Padilla de Duero. De algunas de ellas se ofrece documentación en MAÑANES, T., (1983), p. 151, lám. XXIII.

14. Incompleta. Carece de aguja, una espira del resorte del pie y de éste mismo. El núcleo central es de tamaño medio y los brazos verticales son suavemente cóncavos. La decoración responde a dos esquemas: franjas de espigas horizontales y verticales en ambos extremos del eje vertical, y varias líneas concéntricas de trazo continuo y granete cubriendo todo el puente excepto el centro, donde existe un pequeño espacio romboidal de lados cóncavos reservado. El tramo de la aguja que la une al resorte conserva una decoración de zig-zag en hileras.

15. Incompleta: le falta el pie y su resorte. Puente de núcleo central ancho con brazos verticales levemente incurvados; el resorte de la aguja conserva cuatro espiras. Decoración de líneas concéntricas que contornean el puente formando, las dos más internas, una figura romboidal de lados cóncavos, mientras los trazos periféricos son perfectamente paralelos al perfil del puente y por ello sus extremos verticales permanecen abiertos; el espacio entre estas líneas lo ocupan frisos de granete aún visibles en buena parte de la pieza.

16. Fragmento; conserva el eje vertical y uno de los brazos horizontales. Núcleo reducido y brazos verticales cóncavos. Presenta decoración de pequeños círculos concéntricos en el centro del núcleo, dos puntos troquelados en el extremo del brazo vertical inferior y uno en el superior; en el borde externo de ambos brazos se inscriben sendos puntos troquelados.

17. Fragmento que conserva el núcleo, uno de los brazos horizontales y otro de los verticales, éste último muy corto y de bordes casi rectos. No presenta decoración.

18. Incompleta; conserva el puente y tres espiras del resorte de la aguja. Núcleo central pequeño y brazos verticales suavemente cóncavos. La decoración consiste en seis unidades de punto y círculo concéntrico dispuestas en tres parejas verticales alineadas a lo largo del eje horizontal de la pieza; en los extremos del otro eje varios frisos de líneas horizontales rellenos de trazos verticales bajo los cuales se inscriben sendas aspas.

19. Fragmento; conserva parte de un brazo horizontal, casi todo el núcleo, de reducidas dimensiones, y uno de los brazos verticales, suavemente cóncavo. No presenta decoración.

20. Fragmento análogo al anterior que sólo conserva un brazo horizontal, el resorte del pie, con cuatro espiras, y la mortaja.

21. Incompleta; fragmento en pésimo estado de conservación debido seguramente a la acción del fuego. Se reconocen en este amasijo el núcleo, más bien estrecho, un resorte deformado y el pie con la mortaja rematada por un cuerpo vertical en forma de diablo.

22. Fragmento de mortaja que conserva un vástago vertical y apuntado donde se insertaría el remate.

PROCEDENCIA DESCONOCIDA

23. Pieza de la antigua colección Hirsch (Suiza). Completa aunque ligeramente deformada en las últimas espiras de cada resorte. Núcleo muy estrecho con brazos verticales acusadamente cóncavos, cuyos extremos llegan a ser más anchos que aquél; los brazos horizontales son muy delgados, si bien se ensanchan para dar paso a los resortes, ambos con cuatro espiras. El inicio de la aguja y el del pie están unidos por una abrazadera de doble alambre; la aguja se encuentra completa; la mortaja aparece rematada por un adorno vertical compuesto por la yuxtaposición de dos pequeñas molduras y tres troncos de cono, el superior decorado con círculos concéntricos. En el extremo inferior del eje vertical del puente se observa un friso de «dientes de lobo» que posiblemente se repitiera en el extremo opuesto. Depósito desconocido. *Bibl.: MALUQUER DE MOTES, J., (1958), Lám. XXI.*

24. Completa. Deformada en los resortes. Núcleo central estrecho; brazos verticales fuertemente incurvados; los horizontales presentan una especie de «ligaduras» que parecen destinadas a unir el puente y los alambres del resorte, como si éstos no hubieran sido fundidos con la pieza. Esta idea se refuerza si consideramos que la disposición del pie y la aguja, a derecha e izquierda respectivamente, es contraria a la del resto de los ejemplares. Ambos resortes aparecen deformados y unidos aún

mediante una abrazadera de metal. Se conserva el remate vertical del pie, estructuralmente análogo al anterior. El extremo superior del brazo vertical aparece decorado por un friso de «dientes de lobo», mientras una sola línea recorre el contorno del puente introduciéndose bajo las ligaduras de los brazos horizontales, lo que de nuevo invita a pensar que el puente y los resortes se han unido después de confeccionada la pieza. Por último, en el centro del núcleo se disponen, en esquema cruciforme, cinco círculos dobles. Depositada en el Museo Arqueológico de Barcelona. Bibl.: SCHÜLE, W., (1969), taf. 174, 26.

25. Completa, ligeramente deformada en el resorte de la aguja. El núcleo del puente es estrecho y apenas si destaca en el eje vertical de la pieza; los brazos horizontales parecen bastante anchos —¿quizás planos?— y dan paso a cuatro espiras en cada resorte. El pie carece de remate y su mortaja parece intacta; la aguja, aunque fuera de posición, se conserva completa. Ambos, pie y aguja, están unidos por una abrazadera de alambre torsionado. La decoración en el eje vertical conjuga orlas concéntricas de líneas simples y en sus extremos frisos horizontales de pequeños puntos y de «dientes de lobo»; motivo éste último que se desarrolla en doble friso a lo largo de los brazos horizontales. Depositada en el Museo Arqueológico de Barcelona. Bibl.: SCHÜLE, W., (1969), taf. 174, 24.

26. Completa. Puente de núcleo pequeño y brazos verticales marcadamente cóncavos, cuatro espiras en cada resorte y pie rematado en cuerpo vertical en forma de diablo apoyado en un pequeño cilindro que descansa sobre la mortaja. Dos líneas continuas contornean el puente sin apenas penetrar en los brazos horizontales: la más interna delimita el núcleo formando una figura romboidal de lados cóncavos en cuyo interior se inscribe una roseta de siete pequeños círculos troquelados; la otra línea discurre al exterior de ésta y paralela a ella, salvo en los extremos verticales que se separan conforme a la trayectoria de los costados de la pieza. Depositada en el Museo Arqueológico de Barcelona. Bibl.: SCHÜLE, W., (1969), taf. 174, 25.

27. Incompleta; falta la aguja. Núcleo central estrecho; brazos verticales suavemente cóncavos; cuatro espiras en cada resorte, el pie no presenta remate y la mortaja parece hallarse completa. La decoración ocupa la mitad externa de cada brazo vertical y está formada por bandas alternantes de dos líneas horizontales y varios trazos verticales cortos. Depositada en el M.A.N. Bibl.: ALMAGRO BASCH, M., (1952), fig. 203, 1.

28. Incompleta; faltan espiras en el resorte de la aguja y ésta misma; el otro resorte está deformado por estiramiento; pie sin remate vertical. El núcleo es estrecho y los brazos verticales marcadamente cóncavos. Presenta decoración en el contorno del puente compuesta por cuatro líneas concéntricas, las dos exteriores muy próximas entre sí y unidas por pequeños trazos transversales, las dos internas forman un rombo de lados curvos que deja en reserva el espacio central del núcleo; esta decoración apenas penetra en los brazos horizontales, lo que remarca la tendencia vertical del puente, cuyos extremos se rematan con sendos frisos de cortas líneas horizontales y espigas. Depositada en el Museo de Valencia de Don Juan. Bibl.: SCHÜLE, W., (1961), fig. 16, 3.

Propuesta de secuencia tipológica

Como cabe advertir tras la lectura del inventario, un rasgo común a todas las piezas es la carencia de contexto preciso. No obstante, creemos posible abordar el estudio del conjunto a partir de la

morfología de las mismas, observando la existencia de una línea evolutiva común a todo el lote plasmada en tres aspectos: modelado del núcleo, trazado del eje vertical del puente y decoración del mismo.

De acuerdo con estos criterios podemos aislar un primer grupo de piezas: núms. 3 (Carabias), 10 (El Berrueco) y 11 (Bárago), definidas por un núcleo bastante ancho, brazos verticales de contornos rectos y, en las fíbulas 10 y 11, una decoración de orlas concéntricas trazadas con línea continua y granete, que ocupan todo el puente incluidos los extremos del eje horizontal. Dentro de este grupo, la pieza de Carabias se singulariza, a juzgar por el dibujo, por la especial circunstancia de poseer resorte de sección no triangular. Como ya estableciera Argente³, las espiras de sección triangular son características de los modelos de FDR más evolucionados y, precisamente, éste es el esquema empleado en la totalidad de nuestras piezas excepto, insistimos, en la de Carabias, donde se recurre a secciones mucho más tradicionales —¿rectangulares?— que en nuestro caso sugieren una relativa antigüedad del modelo⁴.

Podemos atribuir a un estadio evolutivo más avanzado un segundo lote formado por las fíbulas núms. 14 y 15 (Padilla de Duero), 12 (Alpanseque), 5 (Valdenovillos) y 4 (Carabias). Aquí encontramos una novedad en el trazado de los brazos verticales cuyos lados ya no son rectos sino cóncavos, mientras el núcleo y la decoración —cuando la poseen— prolongan fielmente los diseños anteriores. Esta norma tiene su excepción en la pieza núm. 15, portadora ya de esquemas ornamentales distintos al de orlas concéntricas, y, especialmente en la núm. 9, procedente de la necrópolis de Palenzuela, donde advertimos cómo la decoración introduce un nuevo motivo y modifica ligeramente la disposición de las orlas concéntricas pero, sobre todo, comienza a retirarse del eje horizontal.

Estos cambios apuntados aquí a nivel de tímidas sugerencias alcanzan su plenitud en el tercer grupo, concretamente en las piezas núms. 1 (Miraveche), 26 y 28 (procedencia desconocida), donde la decoración abandona casi por completo los brazos horizontales, acentuando así la importancia del eje vertical que describe ahora trayectorias marcadamente cóncavas. Por su parte, el núcleo deja de ser la pieza robusta sobre la que se articulaba el eje para devenir un elemento más del mismo, e incluso poco diferenciado dentro del eje vertical que también así realza su presencia.

En un momento difícil de definir pero posiblemente cercano al anterior, habría que incluir algunas fíbulas estructuralmente análogas a las precedentes pero con distinta decoración, nos referimos a las piezas

³ ARGENTE OLIVER, J. L., (1974), p. 155.

⁴ REQUEJO OSORIO, J., (1978), p. 55.

núms. 16 y 18 (Padilla de Duero), 2 (Miraveche), 6 (Monte Bernorio) y 27 (procedencia desconocida), y con mayores dificultades de adscripción, por su carencia de decoración y estado fragmentario, las piezas núms. 7 y 8 (Monte Bernorio), 17 y 19 (Padilla de Duero); en ellas no encontramos diseños que contorneen estructura alguna, sino unidades ornamentales individuales como círculos, puntos, hileras de espigas, etc., inscritas en zonas muy concretas de la pieza, principalmente en el núcleo y en los extremos de los brazos verticales.

Finalmente, las piezas núms. 23, 24 y 25, todas de procedencia desconocida, constituyen los modelos más avanzados desde el punto de vista decorativo y estructural, de acuerdo siempre con la línea que inspiró la evolución de los grupos anteriores. Aparece aquí por vez primera el motivo de «dientes de lobo», desarrollado en frisos dispuestos preferentemente en los extremos del eje vertical, piezas núms. 23 y 24, o también en los de ambos ejes, núm. 25, donde, además, se conservan restos del primitivo esquema decorativo de orlas concéntricas, aunque más ceñidas al eje vertical que en ninguna otra pieza.

El resto de los componentes de una FDR.PC. —resortes y mortaja siempre, y remate y abrazadera ocasionalmente— resultan menos cambiantes, más estandarizados, y así, por ejemplo, todos los resortes conservados completos presentan siempre el mismo número de espiras, cuatro, trazadas con alambre de sección triangular⁵, excepto la pieza de Carabias ya comentada. Este hecho contrasta vivamente con la variedad atestiguada en otros modelos de FDR⁶, y constituye por ello un rasgo característico de los ejemplares que nos ocupan.

Por lo que respecta a la aguja resulta difícil establecer un patrón característico, ya que son pocas las conservadas, si bien todas describen un trazo típico que ya no se despega del puente en una curva más o menos amplia, como ocurría en otros modelos de FDR⁷, sino que sale recta desde el resorte hacia atrás para doblar después en noventa grados e ir en busca de la mortaja; precisamente en uno de estos tramos hemos documentado una inusual decoración de zig-zag (pieza número 14).

La mortaja es en todos los casos pequeña y su remate, cuando se conserva, adopta en esencia dos formatos: el de diablo —unión de dos conos por su vértice—, o el de tres conos unidos el primero al

⁵ En este sentido resulta ilustrativo comprobar cómo en modelos tipológicamente anteriores al nuestro —serie E de Cabré y Morán (CABRE, M. E. y MORAN, J. A., (1977), pp. 119-120, figs. 14, 1; 15, 2; 17, 3)— se van imponiendo progresivamente las secciones triangulares y, además, normalizando el número de espiras hasta configurar el patrón típico de las FDR.PC.

⁶ Para una comprobación se pueden consultar, entre otras, las recopilaciones de CABRE, M. E. y MORAN, J. A., (1977), pp. 114-121, o, CUADRADO, E., (1963), pp. 19-27.

⁷ Pueden considerarse típicos de la FDR los trazados de las agujas representados en los trabajos antes citados y también SCHÜLE, W. (1961 a), Abb. 7, A y C y 11, B; y ARRIBAS, A. y WILKINS, T., (1969), figs. 5, 6, 7, 11, 17 y 20.

segundo por sus bases y éste al tercero por sus vértices. Sobre este esquema básico se pueden agregar molduras, cilindros o decoraciones troqueladas. Finalmente, en el ejemplar núm. 21 apreciamos claramente cómo este remate se inserta en un cuerpo aguzado de tendencia triangular idéntico al recogido con el núm. 22 de nuestro inventario. Parece, pues, que por razones probablemente técnicas este adorno era fundido aparte y añadido posteriormente a la pieza conforme al procedimiento ya apuntado por Cabré y Morán para las fibulas de La Tène⁸.

Otro componente ocasional de nuestras fibulas es la abrazadera, una pieza de alambre destinada a mantener unidos los extremos de ambos resortes. Poco comentario merece este elemento, salvo señalar que sólo se encuentra en los tres ejemplares más evolucionados y que en cada caso el alambre es distinto; por lo demás ignoramos qué tipo de problema o de usos hicieron aconsejable su empleo.

Recapitulando lo expuesto podemos diferenciar varios grupos:

GRUPO I. Puente en cruz con núcleo central ancho y contornos rectos en el eje vertical; decoración de líneas continuas y granete extendida por todo el puente. Dentro de este grupo la fibula de Carabias núm. 3 presenta dos particularidades, ausencia de decoración y pervivencia de antiguos resortes de sección no triangular, que la perfilan como prototipo de nuestro modelo.

GRUPO II. Introduce respecto al anterior una variación en el modelado del puente, cuyos contornos son ahora suavemente cóncavos. Aquí dos piezas, una de Padilla de Duero y otra de Palenzuela, plantean innovaciones en el terreno ornamental al introducir motivos aislados en los extremos del eje vertical e iniciar el repliegue de la decoración sobre éste mismo. Por estas aportaciones ambos ejemplares, especialmente el último, constituyen el nexo con el grupo siguiente.

GRUPO III. Definido a nivel estructural por una notable reducción del núcleo y progresiva incurvación de los brazos verticales. Desde el punto de vista ornamental presenta dos variantes: A) aquella que mantiene el clásico esquema de orlas concéntricas, aunque ceñidas casi exclusivamente al eje vertical; B) caracterizada por una economía decorativa que emplea sólo motivos sueltos —matrices de círculos concéntricos, puntos, espigas, etc.— destinados a realzar zonas muy concretas del puente.

GRUPO IV. En él culminan las tendencias al estrechamiento del núcleo y preeminencia del eje vertical, caracteres aún no extremados en la pieza núm. 25, donde aparece como novedad decorativa el que

⁸ CABRE, M. E. y MORAN, J. A., (1979), pp. 11 y 13.

será motivo por excelencia en los siguientes ejemplares: el friso de «dientes de lobo». No obstante, esta fíbula muestra aún reminiscencias de la antigua decoración de orlas concéntricas, que desaparecerán totalmente en las más avanzadas de este cuarto grupo. En ellas la tendencia a resaltar el eje vertical en detrimento del núcleo ha significado la reducción de éste a una mera inflexión entre los brazos verticales, que alcanzan ahora la máxima concavidad. El aparato ornamental está destinado a subrayar esta misma tendencia decorando los extremos verticales de la pieza con frisos de «dientes de lobo». Todas las fíbulas de este grupo poseen abrazadera.

Cronología y dispersión

Somos conscientes de que el modelo enunciado, en sí coherente y sencillo, se basa más en una hipótesis de evolución de lo simple a lo complejo que en datos fehacientes. Existen, no obstante, unos pocos argumentos cronológicos que, si no la confirman con plenas garantías, al menos justifican su planteamiento. Pasemos a considerarlos.

El origen del modelo —y pensamos ahora en la fíbula de Carabias— puede rastrearse sin grandes dificultades en las FDR de puente romboidal⁹, donde vemos no sólo la forma del puente en estado embrionario, sino también algunos recursos ornamentales, como los puntos troquelados o la decoración de espigas, que volveremos a encontrar en las FDR.PC.¹⁰ Otro tanto cabe decir de la sección de los resortes y el número de espiras, ya comentados anteriormente.

Los diversos autores que han considerado las FDR de puente romboidal sitúan su cronología a lo largo del siglo V a.C., preferentemente en su primera mitad¹¹. Si aceptamos la génesis de la FDR.PC. a partir de estos modelos resulta lógico admitir que nuestras fíbulas hubieran aparecido a «finales del siglo V o principios del IV a.C.»¹², fecha que estimamos válida para el grupo I, aunque dentro de éste los rasgos arcaizantes de la pieza de Carabias, ya comentados, bien pudieran reclamar fechas ligeramente anteriores, dentro de los últimos decenios del siglo V a.C.¹³

⁹ CABRE, M. E. y MORAN, J. A., (1977), p. 121.

¹⁰ Véanse, por ejemplo, la pieza procedente de la necrópolis de Clares (CABRE, M. E. y MORAN, J. A., (1977), p. 119, fig. 14, 1) u otra hallada en Miraveche (SCHÜLE, W., (1969), taf. 149, 11).

¹¹ CUADRADO, E., (1963), p. 51. ARGENTE OLIVER, J. L., (1974), pp. 156-157. CABRE, E. y MORAN, J. A., (1977), p. 121.

¹² CABRE, E. y MORAN, J. A., (1977), p. 121.

¹³ Esto implica rebajar ligeramente la fecha propuesta por J. Requejo (RÉQUEJO OSORIO, J., (1978), p. 55) que, de mantenerse supondría la contemporaneidad del ejemplar con los tipos de pie levantado y botón terminal con puente romboidal, ovalado o circular.

En los grupos II y III figuran algunas piezas de procedencia conocida y, por tanto, beneficiarias de la atribución cronológica general del yacimiento de origen. Así, por ejemplo, podemos situar las FDR.PC. procedentes de Padilla de Duero en torno a los siglos IV-III a.C.¹⁴, evidentemente un marco cronológico amplio pero quizás no demasiado impropio toda vez que dos de estas fibulas, núms. 14 y 15, se inscriben en nuestro grupo II mientras las otras dos, más evolucionadas, ya forman parte del tercer grupo.

El ejemplar núm. 9, con rasgos mixtos entre los grupos II y III, procede de la necrópolis de Palenzuela, cuyo momento de apogeo se sitúa en los siglos III y II a.C., si bien existen evidencias de su uso ya desde el siglo IV a. C.¹⁵ Tres fibulas más, núms. 1, 2 y 6, apuntan de nuevo hacia las fechas en las que nos desenvolvemos, pues, tanto Monte Bernorio como Miraveche, sus yacimientos originarios, han librado algunos materiales —puñales de tipo Monte Bernorio, espadas de gavilanes curvos, o fibulas anulares hispánicas de tipos antiguos, entre otros— que tienen paralelos en uno u otro de los yacimientos antes citados, y nos permiten, por lo tanto adscribir sus ajuares al mismo ambiente cronológico general.

Para el último grupo carecemos de cualquier base cronológica firme, puesto que sus piezas han llegado a nosotros desprovistas de contexto arqueológico. Tampoco el estudio de las necrópolis que siguen en el tiempo a las que hemos mencionado proporciona información segura respecto a cuando dejaron de usarse estas fibulas¹⁶. Tan sólo poseemos muy leves indicios para suponer que el tipo no alcanzó fechas avanzadas dentro de la II Edad del Hierro. Pensamos, por ejemplo, en la ausencia de FDR.PC. en lo conocido de la necrópolis de Portuguí, Osma (Soria), o Quintanas de Gormaz (Soria)¹⁷, claramente tardías¹⁸, ricas en ajuar metálico y enclavadas en un área fecunda en hallazgos de fibulas como las que nos ocupan. En el mismo sentido cabe interpretar la no comparecencia de nuestros

¹⁴ Las FDR.PC. halladas en esta necrópolis se circunscriben a la zona más antigua de la misma. Véase: SANZ MINGUEZ, C., (en prensa).

¹⁵ MARTIN VALLS, R., (1985), p. 114.

¹⁶ Aunque en la zona oriental existen importantes necrópolis con ricos ajuares —de hecho la mayoría de nuestras piezas proceden de tales ambientes— éstas no sirven a nuestro propósito debido a las circunstancias de su excavación y depósito (ARGENTE OLIVER, J. L., (1977), pp. 587-598).

El foco situado en la zona Norte de las actuales provincias de Palencia y Burgos sí podría suministrar datos más fiables, pues, en la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos) parece atestiguar la pujante perduración del núcleo metalúrgico septentrional en fechas que cubren desde mediados del S. III al S. II a. C. (SACRISTAN DE LAMA, J. D., RUIZ VELEZ, I. (1985), p. 212); no obstante este yacimiento permanece virtualmente inédito, lo que nos impide acceder a los datos que podrían ayudar a establecer precisiones en este sentido.

¹⁷ SCHÜLE, W. (1969), taf. 53-63 y taf. 32-46, respectivamente.

¹⁸ ROMERO CARNICERO, F., (1984), p. 86.

ejemplares en los contextos más evolucionados de la estratigrafía horizontal de la necrópolis de Padilla de Duero¹⁹.

En resumen, parece evidente que algunas de nuestras piezas continuaron desde principios del siglo IV a.C. con la tradición iniciada en nuestro grupo I, y que otras fueron frecuentes en ambientes ocupados hacia finales de la misma centuria o principios de la siguiente. Por último, parecen ya ausentes en contextos tardíos de la misma zona, por lo que cabe situar su extinción anterior, quizás dentro de la dinámica detectada en otros tipos de fibulas a partir del siglo III a. C.²⁰

Ante esta situación parece lógico relacionar, insistimos que a nivel de hipótesis, este desarrollo cronológico con la evolución tipológica anteriormente trazada, de tal manera que nuestros grupos II, III y IV ocuparían sucesivamente el tiempo transcurrido entre principios mediados de la cuarta centuria y un momento no determinado, quizás la mitad, del siglo III a.C.²¹

Considerando ahora la dispersión geográfica de estas piezas (fig. 4) observamos, en primer lugar, una clara concentración de las mismas en la vertiente oriental de la Meseta Norte. La fíbula de El Berrueco no alcanza a compensar este desequilibrio, aún más acentuado si tenemos en cuenta que en el Occidente de la Meseta se han excavado tres nutridas e importantes necrópolis: La Osera, El Raso y Trasguija, donde hasta el momento no se conoce ningún ejemplar de FDR, pero sí otros elementos coetáneos de nuestras fibulas que aparecen asociados a ellas en los yacimientos orientales y septentrionales —puñales tipo Monte Bernorio, diversos tipos de fíbula, etc.—. Cabe pensar, por tanto, que nos hallamos ante un producto del oriente de la Meseta que no llegó a cuajar en la totalidad del ámbito meseteño como lo hicieran otras producciones también originarias de este área²².

Pero dentro de esta zona oriental aún caben ciertas matizaciones atendiendo a la concentración de ejemplares en los distintos focos geográfico-culturales que, en nuestro caso, son tres: la cuenca sedimentaria, representada por los yacimientos de Padilla de Duero y Palenzuela; el área septentrional o grupo de Miraveche-Monte Bernorio, así denominado por sus yacimientos más representativos; y, finalmente, el grupo meridional, el de la necrópolis de Soria y Guadalajara, con los enclaves de La Mercadera, Alpanseque, Carabias y Valdenovillos. Quedan fuera de estos agrupamientos el ejemplar del Berrueco y el de Bárago, este último no incluido en el bloque septen-

¹⁹ Véase nota 14.

²⁰ MARTÍN MONTES, M. A., (1984), p. 44.

²¹ CABRE, E. y MORAN, J. A., (1977), p. 121, fig. 7.

²² CABRE AGUILO, J., (1932), pp. 153-154.

trional porque a pesar de su proximidad geográfica carece de contexto material que avale tal adscripción.

En la primera de las áreas, los yacimientos de Palenzuela y Padilla, con una decena de piezas, reúnen casi el 50% del total de las de procedencia conocida; aunque probablemente tal densidad refleja más la intensidad de la investigación que la distribución real del tipo.

Por su parte, los yacimientos de Miraveche y Monte Bernorio han librado un total de cinco FDR.PC., tres enteras o casi enteras —grupo III— y dos fragmentos, mientras los cuatro enclaves de la zona suroriental han librado igual número de piezas, cuatro completas o casi completas y un fragmento, todas encuadradas entre los ejemplares teóricamente más antiguos, lo cual apoya las tesis que propugnan un origen del modelo en esta última zona²³.

No obstante, conviene tener presente que si bien la investigación arqueológica ha sido mucho más exhaustiva en esta área, que en el virtualmente desconocido foco septentrional, la proporción n^o de yacimientos/n^o de piezas por yacimiento es superior en el grupo Miraveche-Monte Bernorio. Además, aunque en esta zona se desconocen prototipos tan evidentes como el de Carabias —núm. 3—, existen fibulas de puente romboidal francamente próximas a los modelos cruciformes²⁴. Por las razones enunciadas pensamos que resulta sensato admitir cierto margen de duda respecto al foco creador del modelo hasta que nuevos trabajos de campo aporten argumentos concluyentes en este sentido.

Somos conscientes de que tanto esta opinión como el resto de las hipótesis vertidas en el presente trabajo necesitan del adecuado contraste con datos arqueológicos actualizados, procedentes de nuevas y metódicas excavaciones, que nos permitan comprender un poco mejor este momento histórico tan próximo y sin embargo tan desconocido.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO BASCH, M. (1952), «La invasión céltica en España», en *Historia de España* dirigida por M. Menéndez Pidal, I-2, Madrid, pp. 1-278.
- (1966), «Sobre el posible origen de las más antiguas fibulas anulares hispánicas», *Ampurias*, XXVIII, pp. 215-236.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1974), «Las fibulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita», *Trabajos de Prehistoria*, 31, pp. 143-236.
- (1977), «Los yacimientos de la colección Cerralbo a través de los materiales conservados en los fondos del Museo Arqueológico Nacional», XIV *CNArq.*, Vitoria, 1975, Zaragoza, pp. 587-598.

²³ CABRE, E. y MORAN, J. A., (1977), p. 120.

²⁴ Por ejemplo, alguna pieza de Palenzuela (CASTRO, L., (1972), p. 51) o Lara de los Infantes (CUADRADO, E., (1963), fig. 3, g) o Miraveche (SCHULE, W., (1969), taf. 149, 11).

- ARRIBAS, A. y WILKINS, T. (1969). «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras, Frigiliana (Málaga)», *Pyrenae*, 5, pp. 185-244.
- CABRE AGUILO, J. (1932), *Excavaciones en Las Cogotas (Cardeñosa, Avila). II. La Necrópoli*, Mem. JSEA, 120, Madrid.
- CABRE DE MORAN, M. E. y MORAN CABRE, J. A. (1977), «Fibulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica», *Revista de la Universidad Complutense*, 109, *Homenaje a García y Bellido*, III, pp. 109-143.
- (1979), «Ensayo tipológico de las fibulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica», *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 11-12, pp. 10-26.
- CASTRO GARCIA, L. (1972), «Proceso de aparición de las primeras ciudades en suelo palentino y recientes hallazgos arqueológicos en Palencia», *Publicaciones de la Institución «Tello Téllez de Meneses»*, 33, pp. 119-142.
- CUADRADO, E. (1963), *Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica*, *Trabajos de Prehistoria*, 40, pp. 307-308.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958), *Excavaciones en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*. *Acta Salmanticensis*, XIV, 1. Salamanca.
- MAÑANES, T. (1983), *Arqueología vallisoletana II. Torozos, Pisuerga y Cerrato*. Valladolid.
- MARTIN MONTES, M. A. (1984), «La fibula anular hispánica en la Meseta Septentrional. I. Origen y cronología, su estructura y clasificación tipológica», *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 19, pp. 36-46.
- MARTIN VALLS, R. (1985), «Segunda Edad del Hierro. Las Culturas prerromanas», en DELIBES, G., FERNANDEZ, J., ROMERO, R. y MARTIN, R., *La Prehistoria del Valle del Duero, Historia de Castilla y León*, vol. I, Valladolid, pp. 104-131.
- MOLINA, F.; MENDOZA, A.; SAEZ, L.; ARTEAGA, O.; AGUAYO, P. y ROCA, M. (1983), «Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes», XVI *CNArq.* Murcia-Cartagena, 1982, Zaragoza, pp. 689-708.
- REQUEJO OSORIO, J. (1978), «La necrópolis celtibérica de Carabias (Guadalajara)», *Wad-Al-Hayara*, 5, pp. 49-62.
- ROMERO CARNICERO, F. (1984), «La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión», *Actas del Primer Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982. Soria, pp. 51-121.
- SACRISTAN, J. D. y RUIZ VELEZ, I. (1985), «La Edad del Hierro», en MONTENEGRO DUQUE, A. (Dir.), *Historia de Burgos*, vol. 1, Burgos, pp. 178-220.
- SANZ MINGUEZ, C. (en prensa), «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)», *Actas del II Simposio sobre los Celtiberos. Necrópolis Celtibéricas*, Daroca, 1988.
- SCHULE, W. (1961), *Las más antiguas fibulas con pie alto y ballesta*, *Trabajos del Seminario de Historia Primitiva del Hombre*, II, Madrid.
- (1961 a), «Vorformen von Fusszier und Armbrustkonstruktion der Hallstatt-D-Fibeln», *Madriider Mitteilungen*, 2, pp. 55-69.
- (1969), *Die Meseta Kulture der Iberischen Halbinseln*, *Madriider Forschungen*, 3. Berlin.

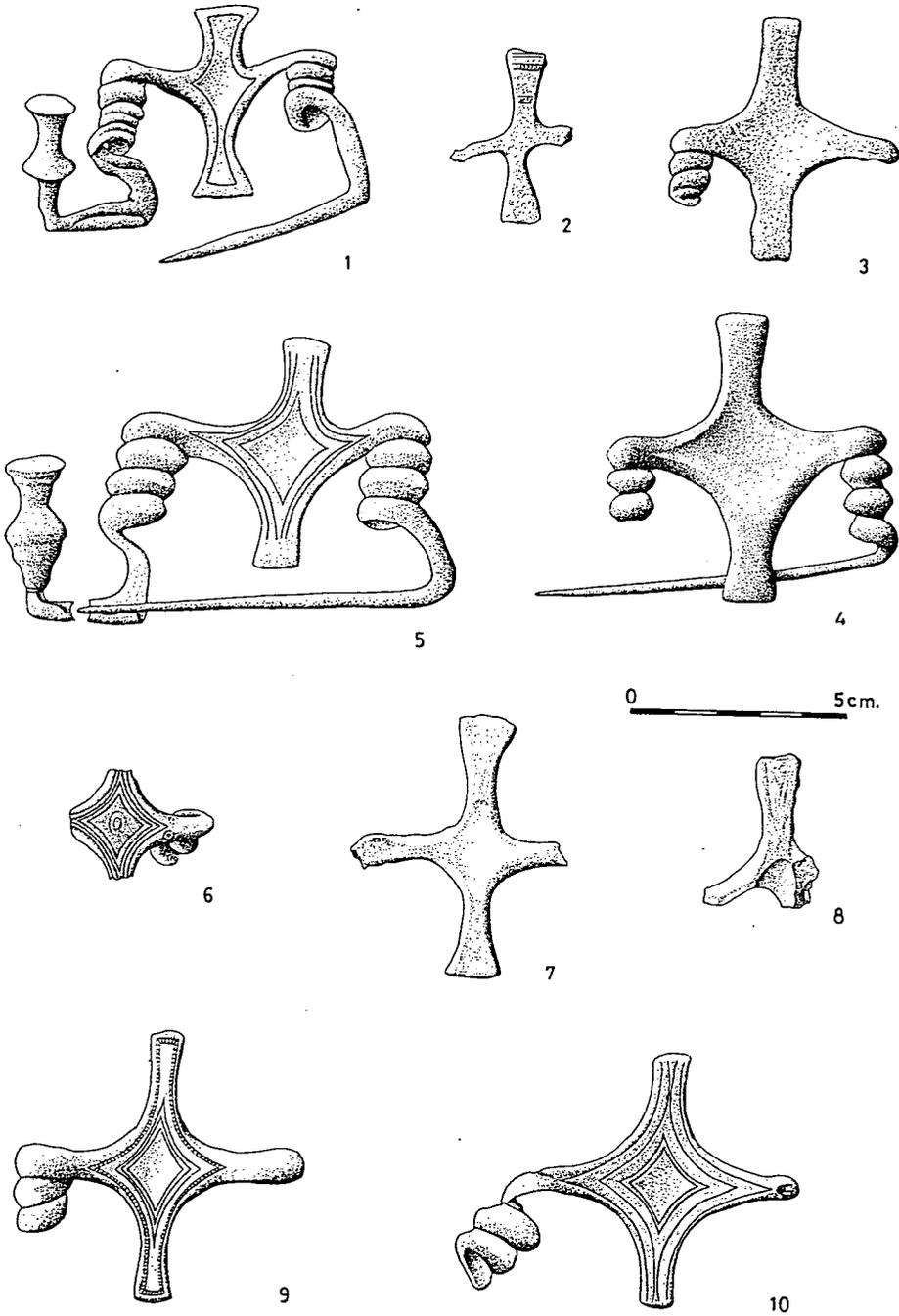
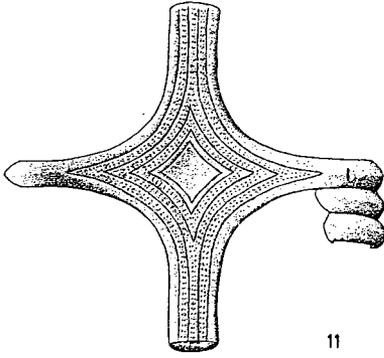
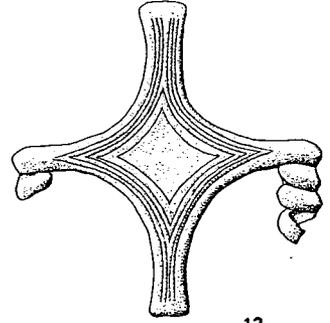


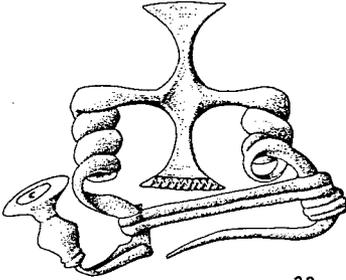
Fig. 1. FDR.PC.: Miraveche (1 y 2), Carabias (3 y 4), Valdenovillos (5), Monte Bernorio (6 a 8), Palenzuela (9) y El Berrueco (10).



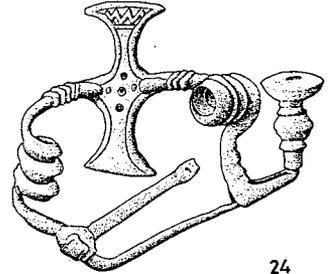
11



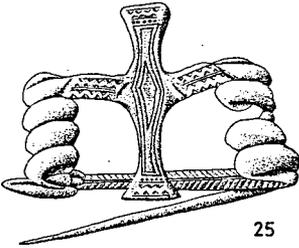
12



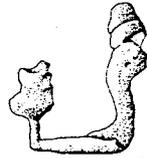
23



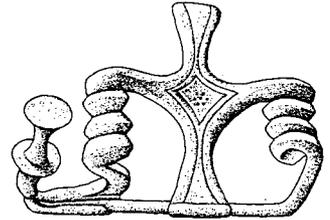
24



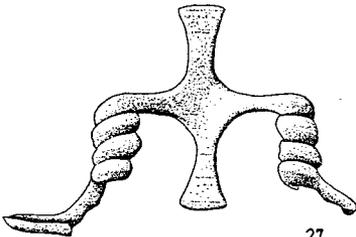
25



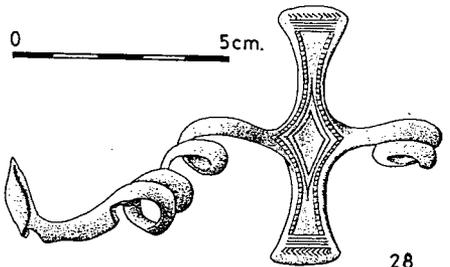
13



26



27



28

Fig. 2. FDR.PC.: Bárago (11), Alpanseque (12), La Mercadera (13) y procedencia desconocida (23 a 28).

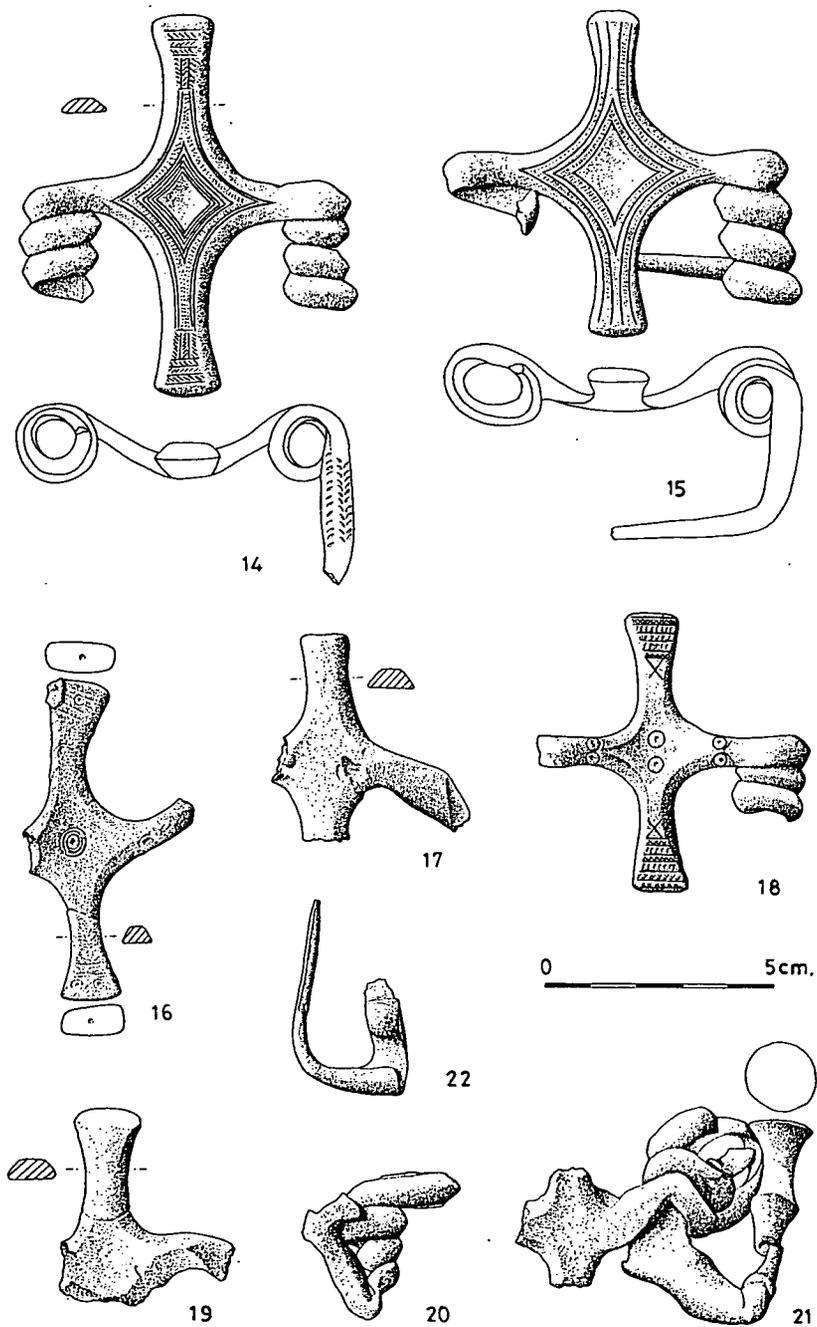


Fig. 3. FDR.PC. procedentes de Padilla de Duero (14 a 22).

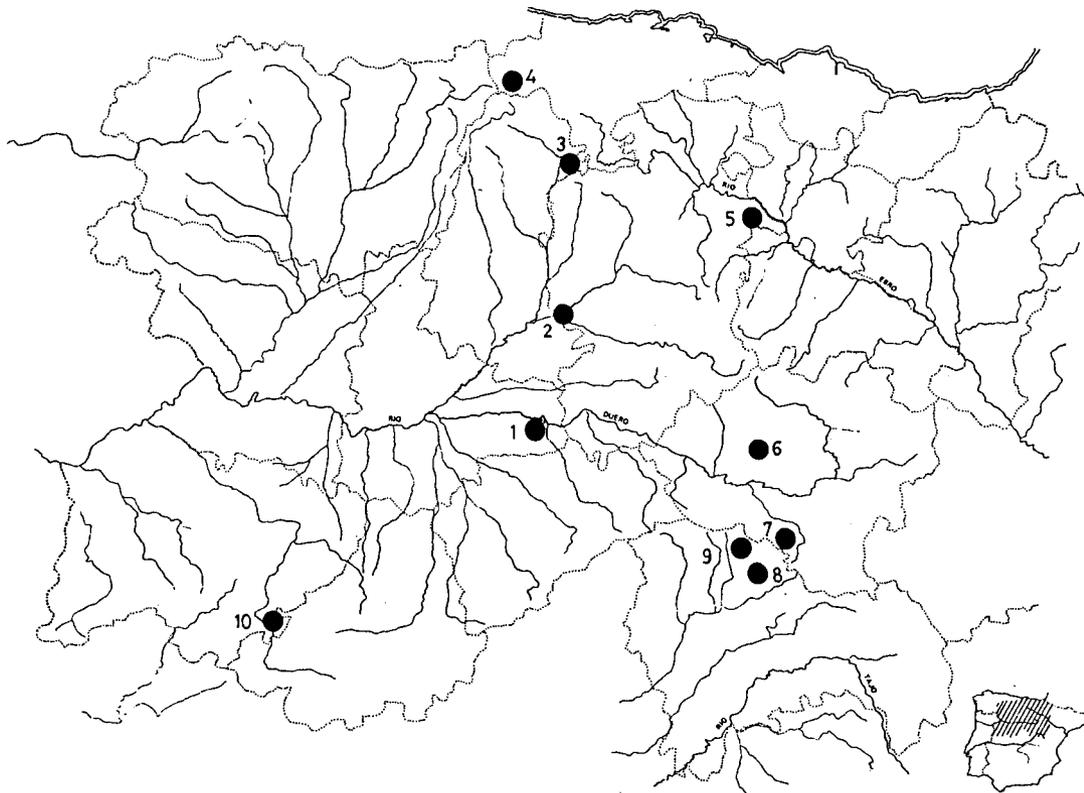


Fig. 4. Mapa de distribución de los hallazgos de FDR.PC. en la Meseta Norte: 1. Padilla de Duero; 2. Palenzuela; 3. Monte Bernorio; 4. Bárago; 5. Miraveche; 6. La Mercadera; 7. Alpanseque; 8. Carabias; 9. Valdenovillos; 10. El Berrueco.